

HACIA UN NUEVO ENGRANDECIMIENTO DE BILBAO

Los "bizcarras"—de tan negra memoria—hicieron todo lo posible por hundir espiritualmente y materialmente a Vizcaya y a nuestra gran Villa que desde sus humildes orígenes venía desarrollándose de una manera prodigiosa en constante crecimiento de cuerpo y lozanía de espíritu hasta que adivino el fatal predominio de la horda separatista.

Renegó ésta de la Madre Patria España, y en su cretinismo y megalomanía demencial pretendió hacer del "País Vasco", como ella decía, un Estado autónomo, capaz de asegurarse su propia soberanía e independencia y de bastarse a sí mismo.

Y cuando estos anormales consiguieron de sus aliados los otros renegados españoles, rojos bolcheviques, amos, por un momento, de España, el Estatuto que les daba la primera ilusión de ver realizados sus sueños, se comportaron de tal modo que dejaron bien patentizadas su quimera, su vesania y su ruindad.

Liberada Guipúzcoa por el Ejército nacional al poco tiempo de la batalla de Irún, salvo en una pequeña franja de su territorio pronto también recuperada, quedó sola nuestra Vizcaya entre las provincias vascas bajo el dominio rojo-separatista, durante el cual—un período de once meses—dieron los "bizcarras" todas las pruebas inimaginables de insensatez y desvarío. Crearon una burocracia frondosísima que no servía para nada absolutamente, y sus jefes se rodearon de un lujo de personal, de oficinas y de muebles como para darse la sensación de que representaban a un gran Estado, admiración del mundo, cuando, como es la verdad que una vez confesó el diario *Euzkadi*, su territorio se recorre a todo lo largo de confín a confín en un automóvil, apenas éste adquiere su plena velocidad; y cuando sus recursos económicos, separado él del resto de España, no alcanzan siquiera ni para alimentar a una décima parte de la población existente cuya densidad se había logrado merced al concurso de otros hombres, elementos y fuerzas de fuera, y a la cooperación del Estado español, con el cual forma nuestra provincia un todo indivisible y orgánico. Así es que el ridículo, por lo aparatoso, y encenque, por su naturaleza, Gobierno separatista, para sostener su orgía de gastos, se entregó al pillaje, saqueando Bancos, domicilios particulares, y enviando, finalmente, al extranjero lo robado en dinero, valores bursátiles, joyas, cuadros, y hasta los barcos de Empresas privadas.

Completó la tarea de rapiña aquella horda de *refugiados* que invadió a Vizcaya, y en particular, a Bilbao por invitación expresa de los mandarines bizcarras que se preciaron con ello de generosidad cristiana, cuando, en realidad, implicaba una crueldad inaudita para los infelices vizcaínos que habían de soportar las fechorías y latrocinios de la gentuza invasora y los consiguientes quebrantos y privaciones, que se traducían en la miseria y el hambre.

Todavía más; la maldad de los bizcarras se cebó hasta en los aldeanos a quienes decían que les ama-

ban tanto, arrastrando a la flor de su juventud hacia tierras para ellos extrañas y llevándoles a la muerte por una causa que sabían perdida, y obligando a los demás, según se aproximaban las invictas tropas nacionales, a abandonar sus caseríos y a peregrinar con su ganado con rumbo desconocido y siempre incierto. Y culminó su vesania rencorosa y destructora en su designio, de aniquilar por completo a Bilbao por medio de la dinamita. Gracias a la rapidez con que entraron en nuestra ciudad las victoriosas banderas de Franco, no se pudo consumar del todo aquel horrendo crimen. Aun así, volaron los puentes, como habían volado la presa de aguas de Ordunte, pero se salvaron la Universidad de Deusto, el Instituto y la Escuela de Comercio y otros edificios que estaban ya preparándose para recibir la carga explosiva. Excusado es ponderar, si esto se hubiese llevado a cabo, la hecatombe de vidas humanas. ¡A tal punto degeneró la aberración bizcarras en sus cacareados sentimientos cristianos de piedad, de caridad y de amor al país natal!

Se nos dirá que eran exigencias de la guerra. Pero hemos de notar que los donostiarros hermanos en el cerril y sectario separatismo de nuestros bizcarras, procedieron de una manera muy distinta salvando a su pueblo de la bárbara destrucción con que le amenazaban los rojos. Convencidos de la inutilidad de una resistencia sangrienta, abandonaron prudentemente su solar natal liberándolo de las devastaciones rojas y vinieron a buscar amparo en Vizcaya y hacer aquí lo que no quisieron para su provincia mientras que los bizcarras, obcecados, tercos y perversos como ninguno, más aún que los rojos santanderinos y los propios dinamiteros asturianos se resistieron hasta lo último, complaciéndose en la matanza y en la ruina.

El resultado fué que Guipúzcoa y su capital, San Sebastián, quedaron casi intactas,—y de ello nos congratulamos—al paso que Vizcaya, y su capital Bilbao, sufrieron asclamientos, devastaciones, saqueos y expoliaciones sin cuento.

Como los mandones del bizcarrismo estaban demasiado comprometidos personalmente, prefirieron hundir al propio país que no capitular y salvarle en lo que fuera posible. Hasta el último resto de nuestras peculiares instituciones público-administrativas—el Concierto Económico—se perdió así por culpa de ellos.

Y no hablemos de los asesinatos individuales y en masa perpetrados durante su mando. Horror nos causa al recordarlo. Pérdida también inmensa para Vizcaya fué la de tantos de sus buenos hijos que la honraban y enaltecían.

Tal es, en breve memoria, el balance de la nefanda experimentación del bizcarrismo. Que ella nos sirva de aleccionamiento perenne, y para que Vizcaya reafirme más y más su vital adherencia a las entrañas de la Madre Patria y su fusión íntima y absoluta con el espíritu y los destinos de la inmortal España.

(Del Editorial de "Información" C. Comercio de Bilbao, Febrero.)